

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

NÚMEROS PUBLICADOS

1 **La que se hizo amar**, por Marcel Priollet.—
2 **Nada se borra**, por Max Dervieux.—3 **La esposa y la amiga**, por José Baeza Valero.—
4 **El hombre que no servía para nada**, por Jorge Clary.—5 **La falta del hombre**, por René Trotet de Bargis.—6 **Mujeres...**, por Francisco-Mario Bistagne.—7 **Lecciones de la vida**, por Félix Léonnec.—8 **La primavera reiflorece**, por Michel Nour.—9 **El señor Francisco**, por Francisco-Mario Bistagne.

Acaba de aparecer el 10.º volumen

ALAS ROTAS

por Andrés Bayón Belio

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

J. HERTA. IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 336

25 CTS.



LA
PEQUEÑA INGE
Y SUS TRES PAPÁS

POR
Dorotea Wick,
Oscar Marion

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

Redacción } PASAJE DE LA PAZ, 10 bis
Administración } Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 336

La pequeña Inge y sus tres papás

Deliciosa comedia de Germana Barkhausen,
interpretada por

**DOROTEA WICK, HARRY HARDT, OSCAR
MARION, C. W. MEYER, etc.**



Producción Emelka Film Internacional

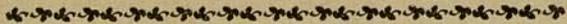
GRANDS EXCLUSIVAS DE LA CASA E. GONZALEZ - MADRID

Para Cataluña, Aragón y Baleares

E. FIUS

Rambla de Cataluña, 44 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GARY COOPER



La pequeña Inge y sus tres papás

Argumento de la película

Día espléndido. Lucía el sol en su alto dominio sonriendo a seres y cosas como un buen padre.

Tres muchachos caminaban por el monte presenciando maravillosos cuadros que la naturaleza les brindaba con prodigalidad materna.

El fuerte y sano olor de los pinos y las plantas silvestres saturaba de bienestar a los pequeños excursionistas, que buscaban salud y distracción en aquellos elevados lugares todos los días festivos, haciendo provisión de oxígeno para toda la semana.

Los jóvenes exploradores eran: Enrique, el mimado hijo del rico industrial Rinks; Jorge, hijo único del gran propietario Paulsen, de Schenlank, y Federico Krafft, desprovisto de fortuna y sostenido por su tía Nelly.

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

Los tres eran a cual más simpático y se querían como verdaderos hermanos.

A pesar de que Federico no tuviese el presente ni el porvenir tan brillante como ellos, Enrique y Jorge lo trataban de igual a igual, por lo que al humilde muchacho le gustaba su compañía.

Cuando estuvieron un poco fatigados y el apetito les llamó imperiosamente al orden, los tres camaradas decidieron detenerse en una pequeña explanada y libróse cada uno, entre chispazos de ingenio, a dar cuenta de las viatuallas que llevaban auestas.

En el camino se hallaba una mujer que llevaba una tierna criatura en sus brazos. Se dirigía con paso vacilante hacia el pueblo, pero de pronto sus piernas ya no pudieron obedecer a sus deseos de seguir adelante hasta llegar a destino, y la infeliz se desplomó en tierra, rotas sus energías...

La criatura — que no se hizo el menor daño, porque cuidado tuvo la madre de resguardarla del más leve golpe al caer ella sobre el camino — se puso a llorar desesperadamente.

El llanto de la criatura llamó la atención de los tres amiguitos, a pesar de que estuvieran completamente entregados a dar satisfacción a su estómago; y si bien la primera vez que llegaron hasta ellos los berrinches del angelito no se movieron de sus respectivos sitios, prosi-

guiendo la comida con toda tranquilidad, apenas los volvieron a oír uno de ellos se levantó del suelo y echó a correr en dirección al lugar de donde parecía que partían los lamentos.

El muchacho encontró pronto a la madre con el hijito a su lado, y, viendo que la mujer estaba desmayada, asustóse y llamó a sus compañeros, quienes se apresuraron a reunírsele.

Los tres examinaron a la desconocida, y como no consiguieran retornarla determinaron coger a la criaturita y llevarla a la aldea inmediata, donde pedirían socorros para la mujer y consuelo para el pequeño ser.

Si hubieran sido fuertes, es decir, hombres, no habrían dejado abandonada en el camino a la pobre madre, pero no eran más que unos niños y a duras penas podrían llevar a la niña, relevándose de cuando en cuando, y menos mal que la ruta era en descenso continuo.

En la aldea los tres amigos se hicieron indicar la casa del sacerdote y se presentaron ante éste para poner bajo su amparo a la criatura.

—Señor pastor — le dijeron—, en el camino hay una mujer sin conocimiento. No hemos podido socorrerla y sólo nos ha sido posible traer aquí a este bebé, que debe tener apetito, pues no se cansa de llorar.

El pastor mandó a alguien en seguida a casa del médico, y en tanto llegaban noticias de la enferma, la hermana del cura encargóse de

servir una buena merienda a los niños, que éstos aceptaron de buena gana, pues apenas habían comido y el trecho a pie del monte a la aldea había sido lo suficientemente largo para que cobrasen nuevo apetito, y dió también alimento a la criatura, que resultó ser una niña.

Los socorros mandados por el pastor a la infortunada madre partieron en carruaje hacia el monte; pero a pesar de la rapidez que se puso en tal empeño, los auxilios llegaron demasiado tarde ni podían llegar oportunamente.

De regreso, el enviado del pastor dijo a éste:

—La pobre mujer ha muerto. Era Babete Sohson, que quedó viuda y sin familia en la ciudad y se dirigía a su pueblo natal, al otro lado de la montaña, con la intención de trabajar en alguna granja.

La noticia del fallecimiento de la infeliz mujer llenó de consternación a los tres amigos, que habían puesto en la niña con súbita simpatía un vivo afecto, y sus bondadosas miradas envolvieron a la tierna muñeca.

El pastor, afligido, dijo:

—No teniendo, como se sabe positivamente, familia esa infeliz madre, esta niña tendrá que ser depositada en la Beneficencia.

Al oír tales palabras Enrique exclamó:

—¡De ninguna manera, señor pastor! Yo cuidaré de esa niña.

El cura y su hermana miraron asombrados al rico heredero. ¿Cómo cuidaría él de la pequeña huérfana?

Jorge y Federico no tuvieron tiempo de decir nada, porque Enrique, yendo al teléfono, se puso en comunicación con su padre, a quien explicó lo que ocurría.

—Pero niño, ¿desde cuándo tienes ideas de niñera? ¿Acaso te imaginas que una criatura es un juguete? —respondió, perplejo, el señor Rinks.

Enrique replicó vivamente que su idea no era llevar a la niña a su casa, sino dejarla al cuidado de almas caritativas bajo su responsabilidad pecuniaria.

—¿Verdad, papá, que me lo permites? —insistió el noble rico.

Y el señor Rinks, satisfecho de los buenos sentimientos de su hijo, dióle su consentimiento.

Enrique le dió alborozado las gracias por hilo, y al colgar el auricular volvióse hacia el pastor y rebotando alegría le confirmó que él se encargaba de la niña sin amparo.

En vista de ello Jorge y Federico protestaron.

—Nosotros también tenemos derecho sobre la huerfanita.

Les correspondía a los tres socorrerla; y Enrique, reconociendo la justa petición de sus

camaradas, dijo al pastor, el cual, con su hermana, iba de asombro en asombro ante la nobleza de los tres amigos:

—Cuiden ustedes de ella en nombre de mis dos compañeros y yo. Los tres costaremos los gastos de su manutención, primero, y de su educación, después.

Aceptaron el pastor y su hermana, encantados de colaborar en una obra tan buena como aquella, y abriendo el libro registro de nacimientos se inscribió en él a la niña con el nombre de Inge y los apellidos de sus tres protectores, como adoptivos de la misma.

Cumplida esta formalidad, los tres amigos se despidieron del pastor y su hermana, y Enrique, al ir a partir el primero, dijo al cura:

—Señor pastor, cuidela bien y cuando necesite dinero pídamelo a mí, que soy el padre cajero.

—Váyase usted tranquilo, amiguito.

Jorge dijo, a su vez, al sacerdote:

—Queremos que nuestra hija haga gimnasia, para que sea fuerte. No se olvide de este importantes detalle.

—No pase usted cuidado, señor papá.

Y Federico:

—Procure usted que crezca pronto, para que pueda ingresar en un colegio.

Y la niña de los tres jóvenes papás quedóse en casa del pastor, asegurada, por la forma-

lidad de tres niños con corazón de hombres, su preciosa existencia.

.....
Fué pasando el tiempo.

Fué creciendo el bebé.

Los padres de Inge cumplían al pie de la letra su compromiso, y el pastor, de más en más contento, solía decirle a la pequeña, a la que su hermana cuidaba como una madre:

—Tus papaitos te quieren mucho y mandan más que suficiente para que nada te falte, mi querida niña.

Era cierto. Los tres amigos remitían mensualmente una suma de dinero bastante crecida para que Inge pudiera tener comodidades sin cuento, exactamente igual que una princesita.

Eran muy hombres los tres niños.

**

La huerfanita se transformó en una señorita muy linda y muy traviesa.

El pastor la mandó hacia algunos años a un pensionado aristocrático, y la gentil Inge era, sin exageración alguna, la más bella colegiala... así como también la más insoportable.

Sus compañeras la llamaban "el diablillo con faldas" y la querían todas como a una hermana mayor aunque algunas tuviesen más edad que ella.

Y era que Inge gozaba de una aureola de heroína, porque tenía tres papás nada menos y no conocía a ninguno de los tres.

A menudo papá Enrique enviaba a Inge exquisitas cajas de bombones, manifestando así su exceso de dinero.

Estos obsequios eran celebrados por todas las colegialas, puesto que ninguna quedaba sin una parte de las golosinas que las cajas contenían.

Aquella mañana, las lindas pensionistas, sentadas sobre la tapia del jardín del colegio, saboreaban entre risotadas los bombones de una nueva caja mandada por papá Enrique.

Una de las colegialas de primer año dijo a las demás, como si hubiera hecho un gran descubrimiento:

—¿No sabéis que Inge tiene tres papás que no conoce? Seguramente serán tres viejos y muy feos.

Inge, indignada con esa compañera, que para su desgracia era una émula de Fatty, la dió un golpe, muy parecido a una bofetada, pero en broma, y la gordita, perdiendo el equilibrio, estuvo a punto de ir a dar con sus quillos a la otra parte del jardín, impidiendo tal desastre la oportuna intervención de las dos compañeras que estaban a su derecha y a su izquierda, respectivamente.

Aunque Inge no había visto nunca a sus pa-

dres adoptivos, su corazón le decía que eran jóvenes, muy jóvenes y muy simpáticos, tan jóvenes y tan simpáticos como aparecían en los sendos retratos que tenía en su dormitorio.

Y no se equivocaba la hija de los tres papás. Sus protectores eran jóvenes y más que simpáticos. Las fotografías no databan de muchos años, sino del presente.

Los tres amigos se trataban siempre como en su juventud. Eran casi hermanos a fuerza de buena amistad.

Solían reunirse, y aquel día lo hicieron para hablar de Inge.

Papá Enrique era elegantísimo, papá Jorge agradabilísimo, y papá Federico simpatiquísimo.

Sentáronse a una mesa de Consejo de Administración y se ocuparon gravemente de asuntos que incumbían a su prohijada.

Papá Enrique, actuando de Presidente de aquel Consejo, dijo, abriendo un *dossier* donde estaban clasificados los documentos relativos a Inge:

—Vamos a examinar las quejas que acerca de la conducta de nuestra hija nos envía la directora del colegio.

Los tres papás examinaron varios papeles y no pudieron menos de reirse para su capote.

En un papel había el dibujo de un hombre

grosso, visto por detrás, y al pie del apunte esta nota explicativa:

El señor Estrebel es muy guapo... por la espalda.

En otro papel figuraba el dibujo del mismo hombre visto de frente, y al pie esta indicación:

Pero por delante es feísimo.

Una de las cartas de la profesora decía, entre otras cosas:

... En la época de la fruta no nos deja un cristal sano. Por eso habrán ustedes notado el exceso de facturas del vidriero...

Y papá Jorge, no pudiendo aguantarse la risa, comentó:

—Hay que convenir en que la pequeña tiene mucha gracia natural. En esto se parece a sus papás.

Papá Federico se limitaba a comprobar facturas y a fruncir el ceño ante su elevado importe. El era el más modesto de los tres y su sueldo de ingeniero no le permitía grandes dispendios.

Hecha la suma de los gastos, los tres amigos la reunieron en efectivo por partes iguales y mientras Enrique y Jorge entregaban su parte con la mayor tranquilidad, sin que influyera lo más mínimo aquel dinero en sus presupuestos, Federico vaciaba su monedero con cierta melancolía. Pero daba por bien empleados aque-

llos billetitos si Inge aprovechaba el tiempo como una buena hija...

*
**

Los exámenes estaban próximos.

En su habitación, que compartía con dos compañeras, Inge contemplaba, aquella noche, después del toque de silencio, los retratos de sus tres papás.

Sus amigas le dijeron, envolviendo en cálidas miradas las fotografías:

—Son muy guapos tus papás si son tal y como aquí están representados. Escríbeles para que vengan a presenciar los exámenes.

Inge aplaudió aquella idea y escribió sin vacilar una carta para cada uno de sus papás.

En tal operación fué sorprendida por la directora, que vió luz en el cuarto, a pesar de haber puesto las tres colegialas los cojines de sus camas detrás del cristal de la puerta del dormitorio; pero Inge tuvo buen cuidado de esconder las cartas, una de las cuales estaba sin terminar.

Desapareció la directora después de apagar la luz y amonestar a las colegialas, y cuando volvieron a quedar solas, las tres amigas concluyeron aquella tarea, escribiendo Inge la última carta y alumbrándola sus compañeras con cerillas.

Encerradas las cartas en sus respectivos sobres, Inge saltó por la ventana al jardín, deslizándose por el encañizado de unas trepadoras, y fué a depositarlas en el buzón colocado junto al edificio de la pensión. Ese era el mejor procedimiento para que no se perdieran las misivas.

Al volver a su cuarto, por el mismo camino, Inge vió desde el marco de una ventana del piso inferior al suyo al señor Estrebel, el jardinero del colegio, durmiendo al compás de una música de su composición.

Devoradora de fruta, Inge se apoderó de una manzana y se la arrojó al jardinero, alcanzándole en plena nariz, que era un excelente blanco.

El jardinero dió un grito y se llevó las manos al prominente apéndice, buscando con la mirada al autor de aquella hazaña.

Inge se dió prisa en trepar hasta su cuarto, y ya en él metióse en la cama, vestida, pues el señor Estrebel se acababa de asomar a su ventana y temía haber sido descubierta.

El jardinero despertó con sus lamentaciones a todo el colegio, y bien hizo Inge en acostarse sin desnudarse, pues en pocos segundos su cuarto se llenó de colegialas, al frente de la directora y del señor Estrebel.

Inge fingió dormir, y como en un rincón se agitaba, envuelto en la falda que se quitara

aquella cuando saltó al jardín para accionar con soltura, un cuerpo extraño, alguien se apoderó de dicha falda y quedó al descubierto el que se escondía debajo.

¿Quién era?

No era nadie más que el mono "Nipi", el amiguito inseparable de Inge.

Todos creyeron que el autor de la broma al jardinero era el mono, pero quiso la casualidad que en aquel momento rodase al suelo, desde el lecho de Inge, una manzana, y que la directora, extrañada del pesado sueño del diablillo con faldas, retirase el embozo de la cama...

Naturalmente, Inge se delató a sí misma con su ropa además de su azoramiento, y se le impuso un castigo: ocho días de arresto y quince sin postre.

El señor Estrebel se dió el gustazo de encerrar personalmente en la celda de castigo a la bromista que le había cambiado las narices poniéndoselas como un pimiento, y al marcharse le dijo, doliéndose del hinchado cartílago:

—Desde luego, señorita diablillo, pondré en la cuenta el importe de unas narices.

Otra en su lugar se hubiera puesto sería, pero Inge se rió de lo lindo de su nueva travesura.

Como tenía tres papás, lo que no le perdónase uno se lo perdonaría el otro.

Ese era uno de los inconvenientes de ser hija de varios...

*
**

Desde que papá Enrique heredó los millones de su padre no le cabía el mundo en un puño. Frecuentaba los centros más elegantes, y eran varias las candidatas a su rica mano, destacando entre las aspirantes la joven viuda Dora Brukman, una "garçonne" que por usarlo todo usaba monóculo.

Fué en una reunión en que estaba Dora donde Enrique, que se hallaba conversando con ésta, recibió la carta de Inge.

Decíale en ella su "hija":

Mi querido papá Enrique:

Como siempre has cumplido mis deseos ahora te pido que vengas a presenciar mis exámenes. Te lo agradecerá mucho tu hija que te abraza.

Inge.

Enrique sonrió y dijo a la viuda:

—Es una carta de mi hija Inge.

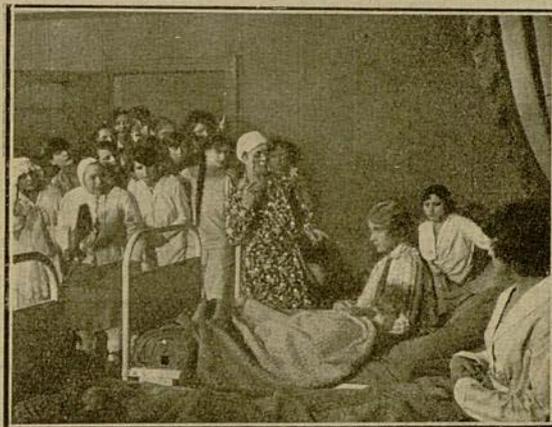
La viuda le miró extrañada, y le contestó:

—Enrique, no gaste usted bromas. ¿Qué hija es esa?

—Pronto la conocerá usted, puesto que tengo el propósito de traerla a vivir conmigo.

Papá Jorge recibió su carta en su hacienda de Schenlank, y papá Federico la suya en su oficina.

Los tres papás tomaron sus disposiciones pa-



Inge se delató a sí misma con su ropa...

ra asistir a los exámenes de su prohijada, y el día señalado por Inge a cada uno, y que era la víspera de los exámenes, papá Federico encontró a papá Enrique, que iba con un criado, en la estación del pueblo y subió a su lujoso auto.

—Ya no falta más que Jorge — dijo Federico.

Pero éste se les había adelantado y le encontraron en el camino reparando su coche, que había sufrido una *panne*.

Los tres amigos llegaron, pues, juntos al colegio.

Las colegialas estaban comiendo, permitiéndose algunas de ellas, y también el señor Estrebel, bromear con Inge respecto de sus tres papás, a quienes ella esperaba con impaciencia.

El aviso de la llegada de los tres papás despertó la curiosidad general, y saltándole su corazón en el pecho Inge fué a recibirles, llamada por la directora.

¡Qué sorpresa para los tres buenos amigos! La niña que recogieran se había convertido en una olorosa flor capaz de quitarle el mal humor a cualquiera.

El primer impulso de los tres jóvenes ante aquella maravillosa criatura fué abrirle sus brazos y recibirla en ellos para besarla a su antojo; pero se contuvieron, pues comprendieron que sus caricias no serían de auténticos papás, y venciendo su rubor Inge acercóse a ellos y les estrechó cariñosamente las manos, llena de júbilo porque sus papás eran tan apuestos.

Los tres amigos rivalizaron en ser agradables a Inge, y momentos antes de que la directora, poniendo fin a la visita, los despidiese discretamente hasta el día siguiente, en que se celebrarían los exámenes, el diablillo con faldas

fué a abrir la puerta de la sala donde se hallaba con sus padres y al hacerlo cayeron como una avalancha dentro de la habitación todas las colegialas, a las que la curiosidad llevó detrás de la puerta para espiar por el ojo de la cerradura.

¡Oh, qué vergüenza!

Pero todas pudieron ver a los tres papás y perdonaron de buena gana a Inge su broma.

¡Qué suerte tenía Inge!

Al día siguiente celebráronse los exámenes y a Inge le correspondió el primer premio, enorgulleciéndose de ello los tres papás.

Y desde aquel momento, en el umbral de las vacaciones, o, por mejor decir, de la despedida de Inge del colegio, empezó el gran problema para los tres amigos.

Los tres se atribuían las buenas cualidades que adornaban a su prohijada y pretendían la exclusiva en el ejercicio de la paternidad brindada por el destino...

—Ahora pasarás una temporada conmigo, en mi castillo — le dijo Enrique.

—¿Verdad, Inge, que deseas venir a mi hacienda de Schenlank — intervino Jorge.

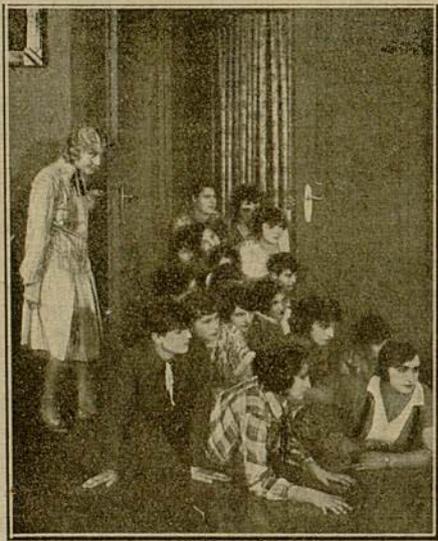
Y Federico:

—Lo mejor será que venga a casa de mi tía Nelly. Allí lo pasará muy bien.

Enrique protestó:

—¡Mira que se va a divertir con tu vieja tía!

—¡Como en tu castillo! — exclamó Federi-



Pero todas pudieron ver a los tres papás...

co, saliendo por los fueros de su familia y besando con la mirada a Inge, que quería complacer a todos.

Afortunadamente, el pastor estaba también

allí. No se olvidó Inge de avisarle, pues no echaba al olvido que le debía mucho a él también.

—Nada de discusiones — terció el sacerdote—. Yo tengo algún derecho sobre Inge y propongo que vaya un mes a su castillo, Enrique, después otro mes a Schenlank, Jorge, y luego con tía Nelly, Federico; y el primero de octubre Inge decidirá con cuál de los tres papás quiere quedarse definitivamente.

Los tres amigos aceptaron la proposición del pastor, Inge prometió no decidir hasta octubre, y aquella misma tarde partió la linda colegiala del pensionado que fué templo de ilusiones y esperanzas para ella...

**

Papá Enrique daba por seguro su triunfo. Siendo él el primero en tener a su lado, sin sus amigos, a Inge, conseguiría deslumbrarla con sus riquezas y la retendría en su poder para siempre... como papá enamorado de su hija, que era sencillamente divina.

Peró Inge y Federico, a pesar de habérselo

prohibido Enrique, se colaron en el castillo y no hubo manera de echarlos.

—Yo pienso estar aquí todo el tiempo que me parezca bien. No puedo abandonar a mi hija — dijo papá Federico, que logró burlar la vigilancia del criado y se presentó ante Inge y Enrique con el perrillo y el mono de la ex colegiala.

Enrique tragó bilis... y Federico se quedó en el castillo.

Al quedar un momento a solas con su "hija" Enrique pretendió sacar partido de la situación, e iba a besarla, cuando papá Jorge se le apareció detrás de un sillón donde estuvo oculto.

—¡Tú también! — exclamó Enrique.

—Hombre, no te extrañe: este castillo es tan encantador que yo me estoy aquí un mes.

—Pero...

—Nada, nada... ¿Verdad, Inge, que quieres que yo esté aquí?

Y Jorge se quedó, como Federico, en el castillo, vigilando a su hija, estorbando a Enrique, que no logró besar a Inge y que se daba a todos los demonios.

Durante aquel mes Inge celebró su cumpleaños, y con tal motivo dió Enrique una gran fiesta.

Algunos invitados, y sobre todo la viudita que buscaba los millones de Enrique, miraban

con desdén a la linda jovencita, no comprendiendo que tuviera tres papás y haciendo es-



—No puedo abandonar a mi hija.

cabrosos comentarios a propósito de tal anomalía; y fué necesario que Enrique, imponiendo silencio a sus invitados, explicase el origen de aquella original trilogía.

Conocida su historia, Inge se ganó la simpatía de la mayoría, pero la viudita y alguna otra mujer siguieron mirándola con desprecio... porque la linda muchacha era... eso: muy linda...

Papá Federico, requerido por trabajos urgentes, tuvo que abandonar el castillo, y quedó convenido con Inge que la recogería en la hacienda de Schenlank cuando le correspondiese llevarla a casa de su tía Nelly.

*
**

Papá Enrique no pudo lograr que Inge se quedara con él negándose a ir con los otros papás, pues papá Jorge exigió el cumplimiento de lo pactado con el pastor; y así Inge partió a su debido tiempo con su segundo papá.

En la hacienda recibieron al dueño y a su hija con bombo y platillos.

Inge se mostraba muy satisfecha, porque papá Jorge era muy ameno y simpático.

Jorge, como antes Enrique, contaba conquistar durante aquel mes a su hija, pensando estar solo con ella, ya que había prohibido ter-

minantemente a Enrique que fuese con ellos y no tenía que temer la llegada de Federico, a quien sus trabajos retendrían lejos de allí.

Pero Enrique supo arreglárselas para ir a la hacienda de su amigo sin ser descubierto, y para vigilar de cerca se disfrazó de criado, enterando de ello a Federico, que se alegró de que otro papá vigilase a la amada hija.

Allá donde iba Jorge iba Enrique y tampoco aquél logró besar a su hija.

Inge era feliz en su nueva vida y se daba largos paseos a caballo con Jorge y hacía gimnasia en la sala que destinada exclusivamente a ello tenía el simpático papá en su casa.

Enrique seguía todos los movimientos de la pareja sin ser descubierto; pero cierta noche, viendo desde el jardín a la sombra de Inge pegándose con alguien, intentó subir por escalón a la habitación donde ella estaba, y Jorge le sorprendió en tan crítico momento.

—¿Qué es esto? ¿Qué hace usted aquí?

Los dos amigos entraron en la habitación de Jorge, y en ella éste, sin reconocer a Enrique, le riñó severamente.

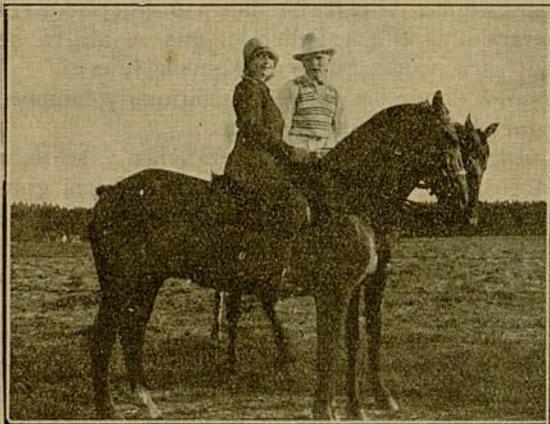
—¿Es usted un criado o un ladrón? — le preguntó.

—Soy...

La nariz postiza de Enrique se desvió, y ya poco trabajo le costó a Jorge desenmascarar al millonario.

—¡Caracoles! ¡Tú, convertido en criado!
Muy digno, Enrique contestó:

—Soy tan padre como tú y he de decirte una cosa.



... y se daba largos paseos a caballo con Jorge.

—¿Qué pasa?

Enrique le mostró una zapatilla de Inge y dijo:

—Júrame por esta zapatilla que jamás serás mi yerno.

¡Qué cómico era todo aquello!

Los dos amigos miráronse muy serios unos instantes y de súbito se echaron a reír.

¿Quién sería yerno de quién?

¡Vaya un acertijo!

Por fin llegó el día tan deseado por papá Federico.

El ingeniero fué a buscar a su hija y partieron hacia la ciudad donde los esperaba tía Nelly.

Pero en el vagón del tren se hallaba ya papá Enrique y a Federico no le fué posible estar a solas ni cinco minutos tan sólo con Inge.

La tía Nelly recibió afablemente a Inge y la ex colegiala simpatizó en seguida con ella.

¿Cómo conseguiría Federico mandar a paseo a Enrique?

Buscando un medio estaba, cuando se presentó en la casa, con el perrillo y el mono de Inge, el simpático y decidido Jorge.

¡Ya estaban los tres papás reunidos de nuevo!

¡Inge no se perdería con tanto guardián!

Federico confiaba en que su tía sabría ser diplomática y mandaría a vivir fuera de la casa a sus dos amigos, para quedar él solo en la casa con ella e Inge; pero la tía, que era muy



—*Júrame por esta zapatilla que jamás serás mi yerno.*

sensata, decidió que en la casa no durmiese ningún hombre mientras Inge viviese en su compañía.

Durante aquel último mes Inge vivió muy tranquilamente, demasiado tranquilamente pa-

ra su carácter inquieto; y llegó el primero de octubre.



Pero en el vagón se hallaba ya papá Enrique.

Los tres amigos, los tres papás, convertidos, por obra y gracia del amor, en candidatos a la mano de su "hija", se acicalaron escrupulo-

samente y se presentaron en casa de tía Nelly, uno con flores, otro con joyas y el tercero con más flores.

—A las ocho les esperamos a cenar — dijoles tía Nelly.

Y a la noche se celebró una gran cena, a la que asistieron, además de los tres papás, las dos compañeras de colegio y de habitación de Inge; y el pastor.

Después de la cena pasaron todos al salón y el pastor dijo a Inge:

—Ha llegado el momento de elegir al papá que prefieres, hija mía.

Jorge había podido hablar un momento a solas con su hija y ésta pudo preguntarle:

—¿Es verdad que tú me quieres, papá Jorge?

—Sí te quiero, pero no como quiere un papá — le respondió él.

Y como se querían como se quieren los que se quieren, pues se quisieron y sellaron su querer con un beso más dulce que un caramelo.

Por eso al decirle el pastor que debía elegir al papá preferido, Inge se turbó, pensando en el disgusto que iba a causar a papá Enrique y papá Federico, pero una cariñosa mirada del pastor la animó.

Los tres papás se pusieron en fila para la elección.

El pastor, comprendiendo el deseo de Inge,

cuando papá Federico propuso que se le vendara la vista, le colocó un pañuelo negro sobre los ojos y le dejó uno de ellos “en libertad de acción”, para que no se equivocase al elegir.

Y Jorge fué el elegido.

Los demás protestaron, pero como Jorge, al parecer, había ganado en buena lid, tuvieron que resignarse.

Sonriente, Jorge dijo a sus amigos:

—Tengo el honor de pedirlos la mano de vuestra hija.

Enrique le respondió, malhumorado.

—Nosotros dos solos no podemos dar el consentimiento. Tiene que darlo también su tercer padre.

Jorge — mente sana en un cuerpo sano — dirigióse a un espejo y, hablando con su imagen, dijo:

—Doy el consentimiento a mi hija Inge para que se case con... su padre.

Y se casaron “padre” e “hija”.

Y “papá” Federico y “papá” Enrique encontraron consuelo en las miradas cariñosas de las dos compañeras de colegio de Inge, las cuales ya suspiraban por ellos en el pensionado contemplándoles en fotografía.

Menos mal.

FIN

Próximo número EXTRAORDINARIO:

La dramática novela

Su Majestad la modistilla

Por L. Robertson y Livio Pavanelli

GRAN ÉXITO

Postal-regalo: MADGE BELLAMY

MAÑANA

EN

Los Grandes Films

A ORILLAS DEL DANUBIO

por Lya Mara y Harry Liedtke

ÉXITO SIN PRECEDENTE DE

El Rey de Reyes

en las selectas Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Se ha puesto a la venta la segunda edición

Exclusiva de venta para España:

Sociedad General Española de Librería, Diarios,
Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barba, 16 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚN: Ferrocarril, 20